

NARRA-NATA-CIÓN

Por Raúl Camarero

No lo recordaréis porque tenáis cuatro o cinco años, pero la situación fue durísima. En aquel entorno blandísimo, sin apoyos, sintiendo un frío húmedo, mirando un cuerpo que se deforma, que se pierde, que dejamos de ver dentro del agua de la piscina.

Pero había que hacerlo.... Nuestros progenitores llevaban semanas preparándonos: “¡Qué bien que mi niño va a aprender a nadar!”, nos decían en un pretendido entrenamiento cognitivo que a veces adoptaba el perfil conductista “cuando salgas, si lo haces bien, te doy un helado”, y otras el consejo emocional “no tienes que llorar”. Así, cargadito de presiones, el niño se acerca tembloroso, protegido sólo por un pequeñísimo bañador, al ruedo acuático

No lo recordaréis, os lo podéis imaginar: nos sacan de casa, y nos ponen delante de un tipo desconocido en bañador que dice que nos metamos en un entorno en el que nos hundimos y podemos morir. (Es como si estamos de turistas por el peor barrio de Venezuela y un tipo se dirige hacia nosotros nos dice que pasemos a su chabola que nos va a enseñar algo. ¿Pasamos?)

Uno lo pasa mal el primer día que va a la piscina, máxime si hasta ese momento siempre había alguien que te decía ¡Cuidado! Cada vez que te arrimabas a una charca...

Pero pongamos que uno lo supera, que después de unos días de llorar nos damos cuenta de que no vamos a morir, y de que ese tío en bañador que nos dice lo que tenemos que hacer es más o menos de fiar. Vamos a imaginar incluso que el monitor de natación nos ha tratado con cariño, ha comprendido nuestro recelo al agua y nos ha ido acercando progresivamente... Es el cuarto día y estamos dentro, aferrados a un churro e intentando desplazarnos utilizando, con escaso éxito, los grupos musculares que usamos para andar y correr... Después de tanto trabajo realizado sobre la tierra para desplazarnos, ahora resulta que no nos sirve en esa sustancia tan poco sólida... Los adultos podríamos pensar: “al igual que aprendió a andar, ya aprenderá a coordinar en el agua” Ya, claro, la cuestión es cuánto queremos que tarde, y qué grado de disfrute e impronta positiva queremos que tenga la experiencia acuática. Para ello, como educadores, debemos pensar antes de la necesidad de la natación, ¿Por qué el niño aprendió a andar?

El entrenamiento cognitivo no fue la causa. De nada sirve que le explicáramos al crío de un año que primero tiene que poner un pie, y luego, a unos diez centímetros el otro, mientras se ayuda con un movimiento alternativo de brazos a... No el proceso de maduración psicomotriz que desemboca en la habilidad de andar es inconsciente. Es un tipo de inteligencia que no implica reflexión alguna. El niño aprende porque le ponemos de pie, le ayudamos, le aplaudimos sus avances, porque se cae y se vuelve a levantar, etc., pero también, porque quiere desplazarse para alcorzar su juguete, o un cacho de pan. El niño descubre que andar es una herramienta útil para satisfacer sus deseos.

Ahora, en la piscina, ese monitor que en el mejor de los casos se ha llevado al gato al agua sin causarnos un trauma, nos dice, y que vayamos a un lado, y luego, con el churro de otra manera, para el otro lado, y luego de vuelta y venir.... Y ¿Para qué? Qué sentido tiene ir de allá para acá. ¿Cuál es el porqué de ese desplazamiento? En ocasiones, en el colmo de la sofisticación nos tira una pelota para que se la traigamos... una vez, y otra, y ijoder, tengo cuatro años, pero no soy un perro!

Claro, nosotros diríamos, que el monitor le hace repetir para mejorar la habilidad motora... Sí, pero eso para el niño no significa nada. Utilizamos una justificación de teórico para aplicar un ejercicio de perro, para enseñar a nadar a un niño...

Creo que en ocasiones, más allá de la simplificación maniquea que he hecho de una típica clase de natación, se olvida la idea de utilidad del desplazamiento, del “porqué”. Así pues, voy a partir de unas premisas para defender un modelo de enseñanza que yo llamo narrada:

1.- El niño desarrollará sus “autonomía en el agua” de manera natural porque es un aprendizaje para el que estamos predispuestos biológicamente.

Se considera por autonomía la posibilidad de hacer desplazamientos independientemente de la calidad técnica, inmersiones, saltos básicos, en un estado de tranquilidad que permite el disfrute (si se da una actividad divertida).

2.- El aprendizaje de las habilidades motoras básicas se realiza de una manera inconsciente, por lo tanto, no es necesario incidir en cómo realizar la acción, por ejemplo, de desplazarse en el agua. Esta acción se incorpora por ensayo error.

3.- Es necesario repetir, experimentar, las acciones para que se aprendan.

4.- Es más fácil conseguir que se realicen las repeticiones si estas no son el fin en si mismas para el niño, sino un medio para otra cosa.

5.- Las acciones guiadas por el monitor son más eficaces que dejar al niño jugar y experimentar libremente (algo que también es necesario)

6.- A partir de los 18 meses los niños han desarrollado la capacidad simbólica y su imaginación y pueden seguir historias que contengan referencias significativas, es decir, de cosas que les sean conocidas: lavarse la cara, ir al cole, preparar la comida, etc.

El método de **natación narrada** creo que cumple las premisas anteriores. Este método consiste en crear una historia en la que el niño transite, y sea el protagonista, y por la que tenga que realizar acciones dentro del medio que iremos guiando para conseguir a mayor eficacia de aprendizaje.

Para explicarlo mejor, pondré un ejemplo.

Erase una vez un osito llamado Paco que estaba solo y quería encontrar a su hermanito Luis (que previamente hemos colocado al otro lado de la piscina). Como vivía en una isla, se montó en un barco (tablita) y se lanzó al mar. [Se le pide al niño que se sienta en el bordillo y que haga olas con los pies para que el barco inicie su singladura. Este ejercicio sirve como “tomo de contacto”] Sin embargo, el Paco no sabía navegar y se quedó perdido, así que pidió auxilio para que vinieran a buscarle. [Se le pide al niño que coja una tabla y que vaya a salvarle] El capitán de la lancha de rescate va muy rápido a coger al osito perdido, que remolca hasta la isla donde vive su hermano Luis. Allí, se ponen muy contentos. Pero el Paco tiene mucha hambre, así que le pide a su hermano de comer. Resulta que el alimento crece al otro lado de la piscina (donde previamente hemos colocado, por ejemplo, una hierbas y una chuchería) [El niño tiene que ir a por la comida para los ositos, y llevarla de vuelta en la tabla sin que se le caiga, procurando mantener la horizontalidad con la ayuda del profesor] De regreso a la casa de los osos amorosos, el niño les alimenta y luego tiene que recoger y lavar los platos [se tienen en cuenta

la enseñanza transversal de higiene). Entonces, Luis le dice que hay que dormir la siesta para estar descansados y luego ir al parque de atracciones. A Paco le entusiasma la idea y dice que quiere dormir encima de su amigo nuestro alumno [cogemos a nuestro alumno y le colocamos en decúbito supino con un osito en la tripa, pidiéndole que saque la tripa para que no se hunda] y pronto los tres, osos y niño, se ponen a roncar ruidosamente. Al levantarse de la siesta los ositos se lavan la cara para quitarse las legañas [algo que tiene que hacer también el niño, trabajando con ello la “familiarización” del agua en la cara] Después, se ponen en marcha al parque de atracciones, que está al otro lado de la piscina, y donde, con dos tablas hemos hecho un tobogán para que nuestro Mitch Buchanan tire a Paco y a Luis...

Mediante una historia, vamos hilvanando ejercicios en función de lo que queramos trabajar con los niños. Los niños encuentran un “porqué” desplazarse, y se olvidan del miedo motivados por el deseo de accionar en el relato. Sus habilidades motoras se desarrollarán automáticamente y quedarán asociadas a estímulos agradables.

Este método exige una pequeña preparación de las clases, pero no más del que debería ser necesario para una clase no narrada. Se puede hacer con dos o tres niños, tal vez incluso cuatro en función de la edad de los alumnos y de la habilidad del profesor. No es necesario que las clases duren más de media hora.